

de perseguir con rapidez á los salvajes. Su uniforme y arreos militares eran tambien diferentes: usaban los oficiales y soldados una cuera guarnecida de algodón, á la manera de los escaupiles del tiempo de la conquista, suficiente para resistir el golpe de una flecha; las piernas estaban cubiertas con una especie de botas fuertes que llamaban baquerillos, para resguardarse de los espinos y zarzales, entre los cuales tenian frecuentemente que entrar, y las escopetas las llevaban en el arzon de la silla, en una funda ó bolsa de cuero, cuyos bordados y adornos eran una parte muy esencial de su lujo militar. No estando acostumbradas á hacer la guerra á pié, traian para este fin indios de las tribus mas domesticadas, ó que á la sazón estaban de paz. Dependiendo del comandante general de aquellas provincias, no pasaron de las fronteras del vireinato, volviendo á sus peculiares atenciones luego que en éstas fueron menos necesarias.

»La salida de Allende de Zacatecas y la ocupacion de aquella ciudad por Ochoa, dejó sin objeto la marcha que Calleja intentaba hacer á ella; pero su presencia en San Luis vino á ser indispensable, para observar de mas cerca lo que los jefes de la insurreccion intentasen en el Saltillo, y poder prevenirlo con oportunidad. Sin esperar, pues, el regreso de Cruz, que habia sido nombrado por el virey presidente de Guadalajara, uniendo á la comandancia militar de la Nueva Galicia la de la provincia de Zacatecas, dispuso su marcha luego que hubo acabado de reparar las cureñas de su artillería, la que aumentó con cuatro cañones y dos culebrinas, y que su

caballería, cuyos caballos se hallaban maltratados por tan continuas y largas marchas, se repuso algun tanto. Antes de su salida hizo fusilar por la espalda, como traidores, el 11 de Febrero, á diez de los prisioneros hechos en el puente de Calderon y á un norte-americano, llamado Simon Fletcher, director de la maestranza de Hidalgo, capitán de artillería y comandante de una batería en la batalla de Calderon, y aunque éste se hallaba gravemente herido, era tal el deseo de Calleja de fusilar á alguno de los de aquella nacion que andaban fomentando la revolucion, que para ejecutarlo se le sacó del hospital en donde estaba. Dejó encargado de la plaza al coronel D. Manuel Pastor (*e*), y separó del mando del regimiento de dragones de San Carlos al coronel D. Ramon Cevallos (*e*), á pretexto de quedar con el cuidado de los enfermos que dejaba en el hospital, y otras comisiones; «pero en realidad por la poca opinion que obligó á formar de su espíritu, la conducta que observó al frente del enemigo en la accion de Calderon, siendo causa de que su regimiento retrocediese por dos veces y empezase á huir, siguiendo el ejemplo de su coronel, y poniendo en desórden á los demás»; habiéndole tratado sin duda con tanta indulgencia, por las antiguas relaciones de amistad que con él tenia, dando así un ejemplo de impunidad por tal acto de cobardía, que debia ser muy funesto para en adelante (1).

»El ejército habia sufrido grandes bajas, habiendo muchos enfermos en los hospitales, pues como el mismo

(1) *Campañas de Calleja*, en diversos lugares, y *Cuadro Histórico*, t. I, folio 160.

Calleja decia á Cruz en carta particular, las mujeres (1) y el calor le acababan la tropa: de la columna de granaderos faltaban trescientas plazas, y en proporcion de los demás cuerpos. Al avisar su salida decia Calleja al virey: «No puedo menos de decir á V. E., para que le sirva de gobierno, que no advierto en mis tropas aquel aliento que da la victoria, y que ya sea por el cansancio de tan continuadas marchas, ó porque han empezado á experimentar alguna pérdida de gente que no se prometian, las veo poco inclinadas á emprender nuevos ataques que puedan serles mas costosos: á que se agrega el justo recelo de la desercion, luego que se acercuen á los parajes donde la mayor parte de este ejército tiene su domicilio, como ya se verificó en las inmediaciones de Aguascalientes» (2). Calleja en esta marcha se dió todo el aire de un sultan al frente de un ejército asiático: la música de los regimientos alegraba su mesa, en la que recibia diariamente á los jefes de los cuerpos, que formaban una especie de corte. El viaje se hizo con lentitud y dificultad por la escasez de víveres y pasturas, que se hacia mas notable porque desde entonces se empezó á consentir el abuso que despues ha ido tan adelante, de permitir que acompañen á las tropas multitud de personas, ó de las familias de los oficiales y soldados, ó del todo extrañas, lo que hace que el número de mujeres sea igual al de los soldados, cosa embarazosa en las marchas y en los

(1) Calleja usa de una palabra tan grosera, que no puede copiarse literalmente.

(2) Copiada por Bustamante. *Campañas de Calleja*, fol. 102.

movimientos militares, y que hace mas funestos los efectos de una retirada ó dispersion. Detenido por todas estas causas, tardó el ejército veinticuatro dias en llegar á San Luis, en donde entró el 5 de Marzo. Veamos ahora los sucesos ocurridos en esta ciudad, desde que quedó dueño de ella el lego Fr. Luis Herrera, hasta la llegada de Calleja y su ejército.

1811. »Herrera y un tal Blancas, hombre de Febrero. horrible figura (1) y atroces hechos, que tenia el grado de brigadier, tuvieron noticia de que el 11 de Febrero habian llegado á Santa María del Rio el Lic. D. Juan Antonio de los Reyes y D. Ignacio Irigorri (*e*), con ciento cincuenta infantes y treinta caballos que habian reunido, entre ellos, tres europeos, ocho piezas de artillería, algun parque y setenta mil pesos en reales, y que iban á reunirse á Calleja en Guadalajara. Herrera y Blancas se dirigieron con alguna tropa y siete cañones á la villa de San Francisco, con el objeto de atacarlos en la madrugada del 12, como lo verificaron, y aunque por algun tiempo estuvo indecisa la victoria, habiéndose unido á Herrera los indios del pueblo, la obtuvo éste completa, quedando muertos Reyes, Irigorri y cosa de ochenta hombres de los suyos. En el dia siguiente Blancas hizo azotar en la plaza á los prisioneros, poniendo en la cárcel á varios vecinos del lugar para tomarles declaracion, y en la tarde del mismo dia fueron fusilados tres europeos, uno de ellos de los

(1) Tenia una fisonomia enteramente de mono ó de mico de las especies grandes.

que acompañaban á Reyes, y los otros dos que habia traído consigo Herrera, el cual regresó á San Luis, llevando presos al cura y á uno de sus vicarios (1). Entretanto habia entrado en aquella capital, con bastante gente, un norte-americano, que se hizo entonces de funesta nombradía por su crueldad y atrocidades. Hizose un nuevo saqueo, en el que fué robada la casa del intendente Flores, que se habia hecho sospechoso por su humanidad para con los españoles, pudiendo, con grave riesgo, ocultarse y salvar su persona, y faltó poco para que los indios enfurecidos arrasasen algunos lugares como Tierra Blanca y las rancherías inmediatas á San Luis. En esta ciudad permanecian en la cárcel los españoles vecinos de Catorce, que, como hemos visto, habian sido conducidos hasta aquel punto despues de una penosa y cruel peregrinacion, en la que quedaron reducidos al número de once. Un hombre piadoso que cuidaba y auxiliaba á todos los condenados á suplicio, los mantenía con los socorros que le ministraba otro español preso en el hospital, porque Herrera, habiéndole pedido el carcelero lo necesario para su sustento, habia contestado desapiadadamente: «que el que tuviera, comiese, y el que no, que rabiase». Aproximándose Calleja á la ciudad, dispuso Herrera el 19 de Febrero, por una orden por

(1) «La única noticia que he encontrado de esta accion de Santa Maria del Rio», dice Alaman, «es la que da Bustamante, *Cuadro Histórico*, t. I, fol. 195, y habiendo pedido informes sobre este suceso á sugeto fidedigno de San Luis, me ha mandado los que me han servido para dar razon de él, habiendo mucha diferencia respecto á lo que dice Bustamante. Uno de los españoles condenados á ser fusilados, fué D. Benito Campero, que escapó no sé por qué casualidad de la boca de un cañon.»

escrito, «como miembro de la nacion americana», que fuesen decapitados, mandando al cura que les diese confesores (1). Ocurrieron á Herrera todos los eclesiásticos de San Luis, implorando su piedad en favor de aquellos desgraciados; pero fueron rechazados con des-

1811. precio; volvieron entonces á presentarse, Febrero. llevando el Santísimo Sacramento que sacaron de la iglesia; y Herrera, sin moverse por esta religiosa accion, dijo, arrojando lejos de sí su pañuelo: «el mismo caso hago yo del Sacramento que de este pañuelo». Sin embargo, por no irritar al pueblo con un hecho tan escandaloso, mandó suspender la ejecucion: el norte-americano entró en el calabozo en que estaban los presos y se lo hizo saber, agregando que esto era debido á la interposicion de los eclesiásticos, pues en la junta tenida en aquella mañana, se habia resuelto darles muerte en la tarde y se habia librado orden al cura para que les diese confesores, «porque ellos en todo se portaban como verdaderos cristianos», y se jactó de que aquellos eran los primeros españoles que escapaban de su espada, con la que habia muerto á muchos en Guajuato y Guadalajara (2).

(1) Hé aquí la orden. «En esta fecha tengo decretada la decapitacion de once europeos, como miembro de la nacion americana: y debiéndose efectuar en la tarde de este dia, espero que Vd. se sirva, para que no les falten los auxilios católicos, de remitirles otros tantos eclesiásticos á la cárcel, para que los auxilién hasta el suplicio, lo que espero verifique en cumplimiento de su deber.—Dios guarde á Vd. muchos años. Cuartel principal y brigada del Sur en San Luis Potosí, á 19 de Febrero de 1811.—Fr. Luis Herrera, mariscal de campo.—Sr. cura párroco de esta ciudad.

(2) Véase la relacion de Villarguide, de la que todo esto está tomado, y que contiene mil hechos curiosos.

»Salió Herrera de San Luis el 25 de Febrero, llevando consigo á los españoles presos, montados en borricos y haciéndoles sufrir toda especie de malos tratamientos: acompañábanle unos dos mil quinientos hombres á caballo y quinientos á pié con quince cañones, con cuyas fuerzas se retiró á Rioverde. Calleja entró sin resistencia ocho días despues, y fué recibido como un ángel libertador en una ciudad que tanto habia padecido, que por cuatro meses habia estado sometida al indigno dominio de unos hombres entregados á toda clase de crímenes, y cuando una gran parte de los oficiales del ejército que le seguia eran los padres, hermanos ó parientes de todas aquellas afligidas familias, cuyas casas habian sido robadas en tres sucesivos saqueos, como lo habia sido la del mismo Calleja. Éste se ocupó, como en todas partes lo hacia, en arreglar el gobierno: hizo fusilar á un licenciado Trelles y á otros cuatro individuos, y trabajó con empeño en reparar la disminucion que habian tenido sus tropas y en proveerse de víveres y forrajes (1). Destacó desde allí dos divisiones de su ejército, la una á las órdenes del teniente coronel D. Miguel del Campo (e), para contener los progresos de las partidas de insurgentes que de nuevo se habian levantado en el bajío de Guanajuato, y la otra, compuesta de un batallon del regimiento de infantería de la Corona, el regimiento de dragones de Puebla, dos escuadrones del de San Luis y cuatro cañones, bajo el mando del coronel D. Diego García Conde, destinada á perseguir al lego Herrera.

(1) *Campañas de Calleja*, fol. 106.

1811. »Púsose en marcha García Conde el 14 de
Marzo. Marzo con direccion á Rioverde; pero instruido Herrera de su movimiento, se retiró precipitadamente al Valle del Maíz á donde llegó el día 20. Juzgábase tan seguro en aquel punto, por la distancia que mediaba entre él y García Conde, que estaba disponiendo un baile para la noche del 21. Los informes que de esto recibió García Conde le hicieron apresurar sus marchas, y aunque por el mal camino y obscuridad de la noche no consiguió llegar á tiempo de sorprender á Herrera como se proponía, en medio de su diversion, no obstante haber andado en un solo dia desde la hacienda de la Angostura hasta las inmediaciones del Valle del Maíz, acampó á tres leguas del lugar para atacar el 22 en la madrugada. Súpolo Herrera por una de sus avanzadas y se preparó para el combate, colocando su gente y artillería sobre una loma corrida, distante cosa de una legua del pueblo, apoyando sus costados en los dos cerros de la Cruz y del Flechero, apartados media legua el uno del otro. García Conde avanzó sobre los insurgentes, llevando su artillería en el centro, sostenida por la infantería de la Corona, con dos escuadrones de Puebla en cada flanco, dejando una reserva de los dos escuadrones de San Luis á la retaguardia. La accion no duró mas que el tiempo que los realistas tardaron en disparar unos cuantos cañonazos: los insurgentes huyeron abandonando su artillería, pertrechos y bagajes, entre los cuales fueron cogidos los hábitos y uniforme del lego mariscal, y la ropa de una manceba que llevaba consigo (1). Al momento de huir

(1) Parte de García Conde. *Gaceta* de 19 de Abril, tom. II, núm. 46, f. 332.

dió orden Herrera de que fuesen degollados los once españoles que conducía presos, que había dejado en la cárcel situada en la entrada del pueblo (1): entró en ella el capitán de la guardia que los custodiaba, hizolos desnudar casi del todo y atar fuertemente con los

1811. dar brazos atrás, y entonces los lanceros que le
 Marzo. acompañaban empezaron á descargar sobre ellos mil golpes con los cuchillos y las lanzas: imploraban aquellos desgraciados piedad, y sus verdugos les contestaban que no la había: pedían un sacerdote, y la respuesta era que en el infierno encontrarían bastantes; uno de ellos, el infeliz Verdeja, recomendaba en su agonía á la Virgen Santísima, á su triste esposa y cinco inocentes hijos que dejaba en la orfandad y en la miseria, y para hacer cesar sus plegarias, uno de los verdugos con tres machetazos le hendió la cabeza hasta los dientes. La pluma se resiste á referir con tanta repetición estas escenas de horror, en que abundan los documentos de aquel tiempo. D. Juan Villarguide, autor de la relación de que he sacado estos hechos, fué el único de sus compañeros que quedó vivo, habiéndole dejado los asesinos por muerto, entre los cadáveres de los otros que mutilaron de una manera obscena y horrible; un religioso franciscano que acompañaba á la división de García Conde, entró en el calabozo, reconoció que aun respiraba, le hizo sacar de aquel lugar, y aunque con veintidos heridas, de las cuales tres eran graves, la buena y caritativa asistencia del cirujano de la división D. Mariano Güemez, hizo que

(1) Villarguide. Relacion.

en breve se restableciese, habiendo colectado los oficiales una suscripción de cien pesos para su socorro y que se pudiese trasladar á San Luis (1). García Conde, indignado por tan horrenda matanza, hizo pasar inmediatamente por las armas, sin darle mas tiempo que para disponerse cristianamente, al subdelegado del pueblo nombrado por los insurgentes, D. Mariano Calderon, teniendo seguras pruebas, segun dice en su parte al virey, de que había prestado su consentimiento y auxilios para tan atroz hecho (2).

1811. »Herrera, Blancas y los demás que pu-
 Marzo. dieron reunirse, se retiraron á la villa de Aguayo (ahora ciudad Victoria) en la provincia de Nuevo Santander, en donde se hallaban las tropas que habiendo abandonado al gobernador Iturbe, se habían declarado por la insurrección, que ascendían á ochocientos hombres bien armados, con algunos cañones. Marchaba sobre ellas el coronel Arredondo, con la división que sacó de Veracruz, y desembarcó en Tampico, y tanto por el terror que su llegada había causado, como por el indulto y proclama que este jefe hizo publicar, y por influjo tambien del cura de aquel lugar, estas tropas se declararon de nuevo por el Gobierno, y para hacerse un mérito para con él, atacaron por la noche el cuartel en que estaba Herrera con los suyos, los hicieron á todos prisioneros y entregaron á Arredondo, á Herrera, Blancas y á otros jefes y oficiales hasta el número de cincuenta, de los

(1) Relacion de Villarguide, al fin.

(2) Parte citado de García Conde.